

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

MAITE ALLAMAND

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

Agrupación Amigos del Libro
Inscripción N° 46.869

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa
Carlos López Labaste
Carlos George-Nascimento
Oreste Plath
Pepita Turina
Alfonso Calderón
Arturo Valdés Phillips
Carlos Ruiz - Tagle

Tiraje: 1.000 ejemplares.

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento S. A.
-- Arturo Prat 1428 --
Santiago de Chile, 1982

¿Quién soy?

MAITE ALLAMAND

Pepita Turina y Oreste Plath son mis amigos de toda la vida. Nos conocimos en la juventud, cuando soñábamos hacer grandes cosas... Y las hicimos. Ellos tienen muchos libros publicados, y dos hijos fantásticos. Yo tengo también algunos libros... y cinco hijos igualmente fantásticos... Maduramos al mismo tiempo. Ahora, somos abuelos. Pero, continuamos soñando, escribiendo, inventando mil cosas... porque somos indiscutiblemente escritores, artistas, creadores...

Por ellos estoy aquí sentada frente a ustedes, esta tarde. Como siempre, la contradicción. Feliz por una parte, aterrada por otra... Por Pepita Turina y Oreste Plath tengo que hablar de MI durante una hora. ¡Extraordinario! Es un plazo demasiado breve para expresar cuanto quisiera.

Es una eternidad que llenar sin decir tonterías y provocar en mi auditorio los más legítimos bostezos.

Siempre los sentimientos encontrados y aparentemente opuestos, hechos y realidades disidentes. La contradicción se hace presente en todo ser humano que mira hacia su propio yo. Para mí, tiene un evidente e importante significado.

Para empezar, mi nombre. No me llamo como me dicen. Y tampoco es un seudónimo. Mi padre contaba siempre que cuando nació, al inscribirme en el Registro Civil, tuvo una pelea con el Oficial encargado de hacerlo. El funcionario se negó a escribir mis nombres en francés. A la usanza europea, mi padre quiso que mis últimos nombres fueran los válidos. Por eso me pusieron "Jeanne Dominique Marie Therese". Hasta hace algunos años, en mis papeles oficiales, carnet, pasaportes, etc., decía: "María Teresa". Pero, una ley reciente obliga a los ciudadanos a usar sus dos primeros nombres, entonces me llamo "Juana Dominga" . . . Un sobrino mío, abogado, ha conseguido después de complicados trámites, arreglar mi situación.

Mi padre me decía "Maité", nombre afectuo-

so que se da en el país vasco a las María Teresa. Cuando entré al colegio, al Sagrado Corazón de la ciudad de Talca, la Madre Superiora que me recibió era vasca española. Fascinada, la religiosa se lanzó a hablar en la lengua de su Guipúzcoa natal y me inscribió como "Maité" en los registros del colegio.

Con los apellidos también he tenido problemas. Más de una vez, los escribientes demasiado atareados y distraídos han transformado "Allamand Madaune" en "Alamos Mardones". Y no nos admiremos... De pronto, mi marido aparece por allí como Luis "Hevia Letelier" en vez de "Hervé Lelievre"...

Cuando llevé a la Editorial Cultura los originales de mi primer libro de cuentos campesinos "Cosas de Campo", hace casi medio siglo... el asesor literario de dicha Editorial era don Luis Durand. A los pocos días, dio un informe muy favorable, pero terminaba diciendo textualmente "lo único malo y totalmente ridículo es que la autora haya escogido un seudónimo tan extranjero para escribir cosas tan chilenas...".

Fui a ver a don Luis Durand, al que no conocía naturalmente, entre furiosa y satisfecha. Le

expliqué mi caso. Me examinó atentamente, de alto abajo, con sus ojillos claros y perspicaces. Creyó en la sinceridad de mis explicaciones. Quedamos muy amigos. Fuimos muy amigos, en realidad. El me aceptó de inmediato como miembro de la cofradía de los “criollistas”, tan floreciente entonces. Don Luis comentaba a veces que, para ser un buen y auténtico criollista chileno, había que tener sangre francesa y un apellido también francés que terminara en la letra “d”...

* * *

Voy a continuar mi relato en forma cronológica. Lo escribo, porque no soy capaz de improvisar en público, de una manera más o menos hilvanada. Pero estoy escribiendo directamente a máquina, como si de verdad conversara con ustedes antes de enfrentarme a mi público. No voy a corregir nada, esta no es una pieza oratoria. Son recuerdos conectados directamente con la máquina de escribir.

Quizás alguien entre ustedes ha leído mi participación al libro “El niño que fue”. Inmenso honor para mí verme entre los “grandes” de la

literatura chilena. Reconozco ahora que lamento haberme ceñido estrictamente a las “treinta páginas” que me pidieron. ¡Son tantas las cosas que pude haber dicho sobre mi infancia!

Infancia maravillosa la mía. Su recuerdo, su presencia, han iluminado mi existencia, y si algo he logrado realizar con porfiado esfuerzo, en gran parte lo debo a esa fuente siempre viva de lo que aprendí, vi, amé y sentí en la niñez.

Bueno, ¿y por qué infancia maravillosa? ¿Acaso de niña fui rodeada de insólitas regalías? ¿Que fui mimada sin medida, colmada o consentida? No. ¿Que poseí juguetes magníficos, muñecas de ensueño? Sí, los tuve, pero me dejaron indiferente. Lo maravilloso de mi infancia consistió en el amor de mis padres y de toda mi familia, y en la presencia real y constante de la naturaleza. Ella fue mi primera maestra, mi compañera, la amiga de todos los instantes. ¿Acaso nací en un país fabuloso? Sí y no. Contradicciones. Nací en la capital. Pero tras una estada en Francia, crecí en una casa chilena de largos corredores, llenos de sol o de sombra, según la hora y la estación. Con un horrible frío en el invierno. El jardín era amplio, desordenado, un jardín

cualquiera alrededor de una casa como todas, en la zona central de Chile. Nada singular ni extraordinario. Lo extraordinario y singular eran quizás la manera que yo tenía de mirar las flores, las piedras, el sol, el viento, la lluvia, las montañas, los pájaros, los insectos, los animales, es decir lo que me rodeaba. Esa afición infantil a amar lo verde, lo vivo, la he conservado y acrecentado durante toda mi existencia.

La imaginación que poseía desde pequeña, no era mi patrimonio particular. Mis hermanos, mis primos, todos los niños de nuestro clan la tenían con mayor o menor intensidad. Es por eso que, si bien vivíamos bastante solos y aislados —¡ay, los caminos y las comunicaciones de entonces!— construíamos día a día un mundo fantástico, lleno de sorpresas y de encanto. No nos aburríamos jamás. Durante nuestra infancia, los árboles no eran árboles, eran gigantes. Los perros no eran perros, eran avestruces... El viento no era viento, sino puro quejido. La oscuridad no era oscuridad, sino algo horrible llamada “la chose” (la cosa en francés). Por eso mismo, cuando escribí un cuento para niños, hace poco, y lo llamé “Juan”, por mi hermano, sólo tuve el tra-

bajo de conectar nuevamente mis recuerdos a la máquina de escribir: “No soy yo, sino mi hermano. Mi abuela no es mi abuela, es un resorte. Los pájaros no son pájaros, son libros. Mi nana no es mi nana, es un delantal . . .”

Era un buen ejercicio para la futura escritora. Bueno, ya apareció la palabra “escribir”. Leí desde muy chica, 4 ó 5 años. Mi madre y mi abuela me enseñaron, por supuesto, en francés. En cuanto supe alinear letras, escribí. Quizás a los 8 ó 10 años ya tuve conciencia de querer ser “alguien”. Lo tengo muy claro. En esa época, colegiala, sufrí mucho por el rechazo del ambiente en el cual tuve que desenvolverme. Yo no era “nadie”, me lo decían mis compañeras. Después comprendí que no tenían mala intención. Era su verdad, de ellas, yo era una extraña, una extranjera. Creo que hubiera hecho lo mismo con alguien que se introdujera en mi clan. Mi apellido no “sonaba”, había que hacerlo sonar. Ya era terriblemente orgullosa, orgullosa de estar sola y ser “nadie”. Hasta llegar alguna vez a ser “alguien”.

A esa edad quise ser bailarina. Luego comprendí que era imposible. Entonces pensé en dedicarme a la música. Me enseñaban piano. Pese

a mi entusiasmo, a mis horas de paciente estudio, comprendí que jamás llegaría a ser una gran ejecutante. Yo no quería ser nada a medias. Andando el tiempo, me dediqué a escuchar el mundo, porque iba a ser “compositora”. Pasaba tardes enteras oyendo las voces del jardín, salía a caminar por el campo mirando y “escuchando”. Era apasionante, era mi secreto. Una comunión perfecta entre los colores, la luz y los sonidos. Ya adolescente seguí cursos de armonía para canalizar mi ambición. Interpretaba música de Debussy, y me sentía capaz de crear melodías valederas.

* * *

Pero, un zarpazo de la naturaleza cambió mis planes. Con el terremoto de 1928, y la tremenda crisis que se desencadenó en esos años, se acabaron el campo, la vida regalada, los estudios, las ilusiones. Destruído por el sismo y la fatalidad el mundo en el que había vivido, era preciso reconstruir otro para poder seguir viviendo. Ya no había dinero para clases de armonía, ni de música, ni ocios para escuchar el parloteo de los pájaros ni las voces típicas y encantadoras de los

campesinos. Era preciso ganarse el pan. Entonces, poco a poco, me puse a escribir. Por lo demás, lo hacía desde muy pequeña. Para realizar mis sueños, sólo necesitaba papel. Ni enseñanza especial ni maestros ni pinturas costosas ni caballete, porque algún día también quise pintar. Para escribir, la materia prima estaba en mí, era yo misma, en cierta forma. Nadie, ni la más oscura miseria podía quitarme el don. Sabía escribir... siempre había estado orgullosa de mi estilo y de mi ortografía. Ya en el colegio ganaba los concursos de redacción. Una religiosa que me quería mucho y estimulaba mi afición literaria decía de mí: "Maité Allamand escribe de traje sastre". La idea de "escribir" se fue condensando, afinando. Las horas difíciles me parecían menos negras... cuando inventaba algo, unía dos vocablos originales, dos ideas armoniosas. Ingeniosas. Es verdad que siempre adoré las palabras, cierta sonoridad de las sílabas, los sonidos. Las hay tan hermosas, como por ejemplo "mystère", en francés, con y griega y acento grave, que le da una envergadura de pájaro... "Harmonie" era una de mis preferidas. "Hirondelle" (golondrina), "Burbujas de sol", título de un libro imaginario que jamás escribí...

También hay locuciones que me enferman, me indignan. Cuando oigo a alguna persona conspicua y de cierta alcurnia intelectual repetir y repetir “de que”, “de que”, “de que” o escribirlo, lo que todavía me parece peor . . . ¿Y “fundamentalmente”? Horror de horrores . . .

* * *

De niña, conocí a un hombre extraordinario que “escribía”. Era un sacerdote francés radicado en Chile, había celebrado el matrimonio de mis padres, me había bautizado, era mi padrino: don Emilio Vaisse. Amigo de toda la familia, deleitaba a los grandes por su saber, su charla interesante, su ingenio, su personalidad, y a los niños por su ternura, su imaginación, su comprensión. Veíamos en los diarios sus párrafos firmados “Omer Emeth”. Sabíamos el significado de esas extrañas palabras: “yo digo la verdad” en idioma hebreo. Era curioso que algunas personas estuvieran destinadas a trabajar en el campo, con sus manos, otras a cuidar a los niños, otras para poseer grandes fundos, otras para mejorar a los enfermos, otras para escribir. Don Emilio, tan sabio, tan in-

teligente, era un ejemplo de sencillez, afabilidad, alegría de vivir. Nos escuchaba con tanto interés como si oyera a alguien de su misma alcurnia intelectual. A través de él comprendí que se podía “escribir”, ser una persona importante y al mismo tiempo no demostrar vanidad ni orgullo, estar feliz y querer a todo el mundo.

Tuve también la suerte de conocer a una muchacha francesa, que vivió años entre nosotros y llegó a ser una de las más interesantes escritoras de su país: Marcelle Auclair. Sus padres eran amigos de mi familia. Marcelle nos deslumbraba con su aureola de “poetisa”. Tenía unos ojos negros muy hermosos, una voz cálida y musical, pero lo que más admiraba en ella eran . . . sus sombreros. ¡Fabulosos! Sin duda traídos directamente de París. Publicaba libros, daba recitales y charlas, muy aplaudidos por el gran mundo santiaguino. Regresó con sus padres a Francia, casó con un joven escritor de fama, tuvo hijos, nietos. Ahora es bisabuela. El vigor de su pluma no ha desmerecido con los años. Recuerda al Chile de su infancia y juventud con singular cariño. Fue uno de los modelos de mi niñez.

Mi primo hermano Pedro Madaune Dorlhiac,

llegado a Santiago poco tiempo antes que yo, y habiendo tenido que abandonar su vida campesina por las mismas razones, también quería escribir. Y ya había empezado. Era poeta. Encontró trabajo en una agencia noticiosa francesa, era perfectamente bilingüe. Conocía a varios escritores jóvenes, asistía a tertulias literarias, era muy atractivo y buenmozo, tenía grandes éxitos. También hacía traducciones del francés para algunas editoriales. Empecé a ayudarlo. Traducir no me era difícil, creo que lo hacía bastante bien. Fue así como un día vi mi nombre impreso en la cubierta de un libro: "Charlas con la Emperatriz Eugenia", de Maurice Paléologue. Traducción de Maité Allamand.

Don Emilio Vaisse había llamado a mi primo Pedro "niño-poeta". En casa nadie discutía lo que don Emilio hubiera dicho. Por lo demás, que un niño "Madaune Dorlhac" fuera artista, poeta, no tenía nada de particular. Siempre oí decir a los mayores: "Ce don lui vient du côté Dorlhac". Ha heredado ese don de su familia materna Dorlhac, que contaba aquí y en Francia con artistas pintores, músicos, entre ellos el extraordinario dibujante Carlos Dorlhac. Bueno, ¿y yo? ¿De dónde lo

había sacado? Era un misterio. Debo confesar que de niña y adolescente escondí a mis padres esta verdadera y absoluta vocación.

Más tarde, viviendo, estudiando a los míos y recordando mi niñez, he hallado ciertos indicios de afición a la pluma en mis antepasados. En la familia de mi madre, todos tuvieron la redacción fácil y pronta para escribir largas cartas o pequeños "billets" como dicen los franceses, que se enviaban con recados urgentes en lindas esquelas perfumadas. Tres o cuatro frases que expresaban mucho y lo hacían con brevedad, elegancia y precisión. Bueno, y en la familia de mi padre el amor a la naturaleza estaba siempre vivo y presente, como una hermosa y poética realidad. Mi madre, en cambio, amó siempre las flores cortadas, para disponerlas ella misma con gracia en lindos jarrones. Le gustaban también los pájaros en jaula —hubo en casa grandes pajareras llenas de emplumados huéspedes—. Hasta su muerte— hace sólo cuatro años— mantuvo la fotografía de mi padre adornada con flores frescas, y en su ventana, una jaula con canarios cantores.

Bueno, y se publicó mi primer libro. Antes de morir, en 1935, don Emilio Vaisse había leído mis originales con atención. Ya gravemente enfermo, me dijo una tarde:

—Sí, pequeña, está muy bien. Pero te voy a dar un consejo: cástate, ten muchos hijos, y si te sobra tiempo, escribe . . .

Prometí y cumplí. Pocos meses después, salieron mis cuentos “Cosas de Campo”. Ya dije como don Luis Durand me acogió en la Editorial Cultura. Debo hacer un recuerdo de don Francisco Fuentes, gran caballero, amigo y editor perspicaz, que tanto colaboró a mis primeros triunfos literarios. Gracias, don Francisco . . .

Pocas veces lo he dicho, pero entré al mundo de las letras, como quien dice “hice mi estreno en literatura” en la Embajada de Cuba en Santiago de Chile. Voy a explicarme.

Yo era funcionaria de la Legación de Bélgica. Los Ministros Plenipotenciarios y los Embajadores hacían intensa vida social. Almorzaban casi a diario en el Club de la Unión. Monsieur Maxime Gérard, Ministro de Bélgica, hablaba perfectamen-

te el español, había estado durante largo tiempo en España. Resultó que en un almuerzo, estuvo sentado junto al Embajador de Cuba, don Alfonso Hernández Catá, recién llegado a nuestro país. Conversaron y conversaron, ya me imagino cómo lo harían, conociendo el don de la palabra que poseían ambos interlocutores. De pronto, don Alfonso habla de literatura. Le expresa a su colega y vecino de mesa que para conocer la mentalidad de un pueblo, no hay como leer su producción literaria reciente, y en especial la obra de los escritores jóvenes. Y le habla de un libro breve, recién aparecido, "Cosas de Campo" —de una muchacha de apellido francés, Maité Allamand— y que para él había sido toda un revelación. Tenía deseos de conocer a esa niña-escritora . . .

El Ministro de Bélgica quedó bastante impactado con la revelación —me lo contó él mismo— y luego replicó al Embajador de Cuba:

—¡Quién lo hubiera dicho! Esa muchacha escritora que usted desea conocer es . . . es mi secretaria . . . Cuente conmigo, Embajador, esta misma tarde arreglo con ella una entrevista para usted.

Al regresar a la oficina, después del almuerzo,

parece que veo llegar a M. Gérard, entre furioso y sonriente . . . Se acercó a mi escritorio, y blandiendo sobre mi cabeza su fino bastón con empuñadura de marfil, exclamó:

—Mademoiselle . . . yo debiera castigarla a usted por “cachotière” . . . (casi intraducible en español, palabra que viene de “cacher”, esconder. Es decir, alguien que “esconde” algo).

Y me contó con detalles lo sucedido. Yo enrojecía con mucha facilidad. Me puse como un tomate maduro. El Ministro cogió el teléfono. En cinco minutos, todo estaba concertado.

El Embajador de Cuba preguntó a su colega:

—Pregunte a la señorita Allamand qué vestido llevará para reconocerla. Yo estaré de blanco.

Respondí:

—Señor Ministro, diga al señor Embajador que yo también vestiré de ese color . . .

Debo advertirles que durante largos veranos de mi difícil juventud, estuve vestida de blanco . . . Por siglos, mi abuela había guardado las orillas de las sábanas de hilo que se destrozaban al medio con el uso. Yo sabía coser, bordar y deshilar, me confeccionaba unas tenidas bastante elegan-

tes . . . Eso sí que era preciso lavar y planchar tanto . . . ¡Bendito wash and were de hoy!

Don Alfonso me esperaba pues, al día siguiente, a las 12 en punto, en un pequeño salón del Hotel Crillón, como lo convenido. Yo era muy alta y muy delgada. El, un tanto corto de estatura y ancho. Me besó la mano, en un gesto de la más fina diplomacia internacional . . . Nos sentamos frente a una mesita cubierta de refrescos y exquisiteces. Tenía un ejemplar de mi libro en la mano, y muchos volúmenes de sus obras. Me pidió un autógrafo. Yo temblaba de nervios. La entrevista duró mucho más de una hora. El Embajador me ofreció su automóvil y su chófer para llevarme a casa. Rehusé. Me pidió que volviera a conversar con él. Así lo hice. Me preguntaba mil cosas, de mis ambiciones, mi familia, mi país, sus hábitos, sus gentes, su realidad. Luego se instaló en una amplia residencia. Conocí a su esposa, a sus hijas. Y en una fiesta que ofreció a los escritores chilenos y a la prensa, me presentó a los personajes más ilustres de la intelectualidad de esos años. Con su exuberante dialéctica tropical, su gentileza y entusiasmo me daba una infinidad de títulos imaginarios, que todavía me hacen enroje-

cer de vergüenza: “la esperanza de las letras chilenas”, “la niña que nació con el don de contar...”, “la muchacha que llegará muy lejos en la literatura chilena...”

Recuerdo que esa tarde llevaba un sombrero café oscuro, de fieltro suave, de ala levantada sobre la frente, quizás para lucir los ojos verdes. Lo usé por años, y lo llamaba cariñosamente “el merovingio”, no sé por qué... Conocí entonces a don Mariano Latorre, a Jenaro Prieto, a Lautaro García, a Préndez Saldías, a doña Amanda Larbarca, Magdalena Petit, Chela Reyes, Luis Meléndez, Norberto Pinilla y tantos, tantos otros... Todo un mundo maravilloso y desconocido para mí. Jamás había asistido a una reunión semejante. Hubiera querido permanecer en un rincón, volverme invisible, para poder escuchar, mirar, y no ser vista...

Don Alfonso y su familia eran encantadores conmigo. Una vez, se le ocurrió al Embajador que yo hiciera un viaje a Cuba con su esposa y una de sus hijas, por supuesto como una persona más de la familia. Serían unas maravillosas vacaciones. El no podía ausentarse de Chile por el momento. Le expliqué mi situación. Tampoco me

era posible dejar mi trabajo, aún por unos días, fuera de la época de las vacaciones, cuando había menos quehacer en la Legación. Comprendió y lo lamentó de verdad. Él sabía las dificultades que enfrentaba, quería darme el agrado de viajar, despreocuparme un poco, conocer su patria, tomar un descanso. No fue posible.

Como todos los diplomáticos, después de unos años los Hernández Catá se marcharon de Chile. Y luego supimos de la trágica muerte de don Alfonso en un accidente de aviación, me parece que en Brasil. Fue muy triste. A veces releo con nostalgia un poema que me dedicó el insigne escritor cubano.

* * *

Manuel Vega hizo una crítica elogiosa de mi primer libro. Yo lo conocía desde el regreso de Francia de don Emilio Vaisse, quien se alojaba entonces en casa de mi tía abuela Madame Labuchelle. El periodista llegaba a visitarlo, a charlar con él, eran muy amigos. Yo le abría la puerta, conversábamos un rato. En uno de sus artículos sobre don Emilio Vaisse, en "El Diario Ilustrado",

Manuel Vega me describe así: “Una muchacha alta, de franca y simpática fisonomía, francesa sin duda, me habla en perfecto castellano: Monsieur l’Abbé ya viene, tenga la bondad de esperarlo . . .” Después, fui muy amiga de Manuel Vega. Lo felicitaba y me burlaba un poco de él por su estu- penda perspicacia . . . una muchacha francesa . . . y con los cuentos más chilenos bajo el ala . . . Se reía. Me ayudó, me estimuló muchísimo. Quería que yo tomara en serio mi capacidad de escribir. Que leyera, estudiara, tratara de perfeccionarme. Me ponía en guardia contra el deslumbramiento del éxito fácil. Tenía toda la razón, Manuel Vega, pero yo era muy joven, y me faltaba tiempo . . .

A veces, al mediodía, saliendo de las oficinas de la Legación rumbo al Correo Central, yo pasaba por la calle de Ahumada a todo escape —y Manuel Vega, que charlaba por allí con algún grupo de escritores e intelectuales— me cogía de un brazo, me obligaba a detenerme. Me presentaba a sus ilustres colegas. Me sentía examinada, observada. Era tremendo. Me hacían preguntas, creo que respondía con desfachatez, escondiendo mi incurable timidez.

Una mañana, Manuel Vega caminaba por esa

misma calle con una dama regia, estupenda. Joven, buenamoza, elegantísima. Yo llevaba mucha prisa, con mi cartapacio lleno de correspondencia bajo el brazo. Manuel me detiene al pasar. Me presenta a la señora. Me sentí morir, desaliñada, mal peinada, casi harapienta frente a tan distinguida dama. “Maité Allamand, dice, la muchacha que escribió “Cosas de Campo”.

—¡Ah! —replicó la señora —la que escribe sobre el campo, como yo . . .

Y ante el asombro y el desconcierto de nuestro amigo común, yo pronuncié precipitadamente:

—No, señora, yo no escribo como usted . . . Yo no escribo como nadie . . . Yo sólo escribo como yo . . .

Y dando media vuelta, partí casi corriendo . . .

Por la tarde, Manuel Vega me llamó por teléfono a la Legación. Quería verme cuanto antes para reconvenirme. Esos no eran modales de señorita. Había ofendido a la señora que recién se lanzaba al mundo de las letras con gran éxito. Es verdad que ella penetraba a ese universo por arriba, mientras que yo lo hacía desde muy abajo . . . Pedí disculpas por mi mala educación a mi querido amigo y crítico. Pero la “plancha” ya ha-

bía sido cometida. Hay cosas que las mujeres no perdonan jamás... Y la pésima imagen que dejé —y con razón— a la distinguida escritora, después de tantos años transcurridos... perdura todavía...

El día y a la hora del inesperado fallecimiento de Manuel Vega, había quedado de venir a mi casa a conversar conmigo sobre mi último libro. Del hospital, un amigo común me dio la triste noticia, mientras yo preparaba el té para recibirlo...

* * *

Publicar el primer libro había sido maravilloso. Había que continuar, escribir, publicar. En medio de mil ajetreos, trabajos, preocupaciones materiales, angustias, inseguridad, maduraba mi vocación. Ya conocía bastante bien Santiago, caminaba largas distancias para cansarme, distraerme, pensar a solas. Iba a barrios modestos, atravesaba el “puente de los carros”, frente a la Vega Central, pues allí escuchaba el lenguaje del pueblo que necesitaba. Tenía un oído excelente, una memoria fiel, oía un dicho, una palabra, una expresión, no la olvidaba más.

Tuve al respecto algunas discusiones con don Mariano Latorre. Yo envidiaba a quienes habían sido sus alumnos, y se lo decía. Yo no había estudiado nunca nada, pero escribía. El maestro me demostraba que era preciso hacer un plan de trabajo, tomar notas, apuntes. Recorrer el campo, mirar la naturaleza con el fin de poder reproducirla con fidelidad. Yo me reía . . . Le explicaba que llevaba todo el mundo vegetal y campesino en el alma y que, a voluntad, extraía de mí misma el material que iba necesitando. Que empezaba a escribir un cuento, sin saber cómo sería, cómo terminaría. Que las ideas brotaban solas, los personajes actuaban a su manera, sin tomarme en cuenta para nada, etc., etc. Una mañana temprano, años después, hacía cola en el Ministerio de Hacienda para resolver unos asuntos, cuando apareció don Mariano y se puso tras de mí. Parecía estar de mal genio. Las emprendió con mi manera de escribir.

—¡Usted no llegará nunca a nada! No tiene método, ni constancia, ni lógica . . .

—Es verdad don Mariano . . .

—Usted empieza muy bien, y no sabe terminar lo que escribe . . .

—Toda la razón, don Mariano.

—¡Usted no sabe sacar partido de los temas que inventa!

—Correcto, don Mariano . . .

—Y por último, ¿por qué se “mete” con el río Maule? ¿No sabe que el río Maule es mío?

—Perdone don Mariano . . . Yo también crecí a orillas del Maule, tengo mis derechos . . . El Maule es muy ancho, don Mariano, una ribera para usted, acepto, y otra para mí . . . así no hay pelea . . .

Ya llegábamos a la ventanilla. Don Mariano terminó por reírse . . . Se había disipado su mal humor. Salimos del Ministerio conversando como buenos amigos. Me preguntó por mi marido, los niños, los libros. Creo que fue la última vez que nos vimos. Poco después, a su muerte, estuve largo tiempo recogida junto a sus despojos, velados en la Casa Central de la Universidad de Chile. ¡Perdóneme don Mariano! Con todo mi respeto, cariño y admiración . . . Pero, jamás tomo una nota ni hago un plan ni nada . . . usted sabe que soy obstinada . . .

Norberto Pinilla, profesor y escritor, fue encargado por doña Amanda Labarca de invitarme a una tertulia literaria en su residencia. Vino a buscarme a mi casa, un sábado al atardecer. Yo vivía entonces en la calle Constitución, muy cerca de doña Amanda. Salí con un pequeño ramo de flores silvestres en la mano. Pinilla me miró extrañado.

—¿Y eso?

—Bueno, es para la señora que me invitó... Siempre me han enseñado que es de buena educación llevar flores a la dueña de casa...

—Está bien, vamos.

No tengo manera de describir la acogida de doña Amanda a esta muchacha tímida y desconocida, que escribía, quería escribir, escribir... Fue una gran amiga. Pasados muchos años, cuando nos encontrábamos por allí, me preguntaba por los niños antes que por los libros... Y recuerdo con emoción que, cuando mi hijo mayor entró a estudiar Medicina a la Universidad de Chile, nos cruzamos en la Alameda, y al contarle la feliz noticia... ella me abrazó entusiasmada y cariñosa.

Nunca olvidó mi pequeño ramo de flores de aquellos tiempos iniciales de mi carrera literaria. Años después, el Pen Club le rindió un homenaje y me designaron para decir unas palabras. Por cierto... que pronuncié sólo algunas frases... pero le obsequié un ramo de flores silvestres, semejante al que me había abierto su amistad. ¡Querida señora Amanda!

Una vez, fui invitada con un grupo de escritoras por Zig-Zag a unas jornadas literarias a Viña del Mar. Nos hospedaríamos en el Hotel O'Higgins. Doña Amanda me había ofrecido viajar con ella, en su automóvil. Por la noche, después de la comida, antes de retirarnos, ella fue de grupo en grupo, al parecer proponiendo algo. Yo acepté de inmediato lo que deseaba: levantarse temprano, al día siguiente, y recorrer Valparaíso, sus cerros, sus pintorescas callejuelas, las caletas de pescadores, el Mercado, etc. A la hora fijada, ella me esperaba feliz, entusiasmada en el hall del hotel. Con el chófer inventamos el más loco de los itinerarios. Nos bajábamos del coche, caminábamos, subiendo y bajando, en los pasos difíciles, ella se tomaba amistosamente de mi brazo. Descubrimos cien perspectivas interesantes, mil

rincones encantadores, miramos con los ojos y con el alma. ¡Inolvidable señora Amanda!

* * *

Volvamos a la realidad y a la cronología. Tengo unos veintiséis años cuando publico mi segundo volumen de cuentos campesinos: "Parvas Viejas". Por tanto, ya soy una escritora, nadie lo pone en duda. Mi vida se desarrolla sobre dos planos diversos: escribo, y quiero continuar haciéndolo. Soy secretaria, me gano la vida. Trabajo mucho, sin descanso. También hago traducciones, doy clases de francés, tejo, cualquiera cosa con el fin de aumentar mis entradas. Mi padre ha fallecido, soy jefe de hogar. La vida se organiza, mis hermanos pequeños crecen, son buenos alumnos, estudiosos, inteligentes, ellos tendrán la profesión universitaria que yo no pude alcanzar. Más o menos en esa época, hago un importante descubrimiento: la galería del Teatro Municipal. Mi oficina está a un paso de la calle San Antonio y todos los viernes, o casi todos, voy a los conciertos sinfónicos. También descubro la Opera. Venían grandes artistas extranjeros, recuerdo la impresión que

me causó “Boris Godunoff”, interpretado por Fedor Chaliapin. Los inolvidables recitales de piano de Claudio Arrau (hasta siete piezas fuera de programa). Oír de sus manos un trozo de Chopin, Bach o Debussy, que yo había ejecutado en algún momento, me sabía a feérica fantasía . . .

También teatro, mucho teatro. Llegaban compañías españolas, don Fernando Díaz de Mendoza y doña María Guerrero, Margarita Xirgú y su fascinante repertorio. García Lorca . . . Pianistas, guitarristas, violinistas, bailarinas célebres. Había que verlo, oírlo todo. Aprender, comprender. Escuchar, almacenar. El gran teatro francés vino después, durante la guerra, Giraudoux, Claudel. Pero ya eran otros tiempos para mí. Estaba casada. Con mi marido asistíamos a las representaciones de Jouvet y otros grandes intérpretes con reverencia y unción. Francia estaba derrotada, invadida, pisoteada. Los de nuestra sangre sufrían martirio. Pero, el espíritu estaba vivo, irradiaba. Había esperanza . . . ¡Qué bien lo sentíamos!

* * *

Al iniciar esta conversación dije que en mi vida hubo siempre situaciones contradictorias.

¿Chilena de Francia o francesa de Chile? Jamás he podido solucionar el problema. Amo con locura la tierra en que nací, y también la patria de mis padres. No puedo dividir sentimiento tan fuerte. Amo el doble, eso es. De niña tuve horribles pesadillas: una fuerza inmensa me obligaba a definirme: Chile o Francia. Despertaba con el horror de no poder escoger . . .

Mi segundo libro de cuentos, "Parvas Viejas", mereció muchas críticas, comentarios, artículos. Soy terriblemente orgullosa. No solicito nunca nada. Me echan flores, y también me dan de palos . . . Quizás los elogios fueron algo exagerados, y los golpes también. Cuando se es muy joven y sin experiencia, se quisiera conseguir de críticos y maestros un aliciente, una luz, una directiva desinteresada y sincera. Ilusión. ¡Qué solo y desamparado se encuentra un escritor de pocos años frente a su propio talento, a su obra, a su porvenir!

Debo decir que en esta etapa de mi vida literaria, los creadores, los escritores, me juzgaron con mayor perspicacia que los críticos puros. Comprendieron mis colegas que mi vocación era algo instintivo, profundo y definitivo, y no un ardid de mujer joven para hacerse la interesante.

Marta Brunet . . . ¡Con cuánta ternura y admiración la recuerdo! Don Emilio Vaisse había obsequiado a mis padres un ejemplar de “Montaña Adentro”, pensando que no debían ignorar una obra tan significativa de la literatura chilena. Después de circular por manos adultas y ser vivamente comentado, quedó en el estante de los volúmenes que no debían leer los niños. Por supuesto que lo hice a escondidas. Loca, voraz y bien justificada curiosidad. Casi a oscuras —durante el verano el escritorio de mi padre se mantenía en fresca penumbra —descifré el nombre de la autora. Bien sabía yo —niña campesina, solitaria y observadora— lo que era la “montaña” de la precordillera de la zona central, donde vivíamos, y de las provincias sureñas. Conjunto de situaciones agrestes, laderas arboladas, quebradas húmedas. Bosques profundos. Barrera vegetal que aísla a los hombres de los hombres, y los mantiene acosados de soledad e ignorancia. ¿Cómo no iba a golpearme semejante revelación? A esos personajes, a esas mujeres que llenaban el libro leído a escondidas, yo los conocía. Cata, doña Clara, Juan Oses, Pedro Pereira. Los veía a diario, los oía en el trabajo, en el corral, junto a las varas de topear.

Sabía que eran hoscos, valientes, pendencieros, borrachos, enamorados y celosos. Que las afrentas —aún insignificantes— se arreglaban con el filo del cuchillo. Que la amistad y el amor también se resguardaban con cruentos argumentos. Cuantas veces había visto llegar a las casas del fundo hombres heridos, desangrados, que casi en agonía insultaban todavía al contendor.

¿Y las mujeres? Capítulo aparte. Marta Brunet las retrató vivas con su magistral talento. Trabajadoras, sufridas, obstinadas, apasionadas, ignorantes, pero guiadas siempre por la más sagaz intuición.

Ese fue mi primer contacto con la imponderable escritora chillaneja. Después, fuimos amigas, ella me llamaba con afecto su “Hija espiritual”. Yo tenía que continuar su obra, ir por su camino. Siguió paso a paso mi carrera literaria y mi vida de mujer. ¡Cuánto me dolió su partida!

* * *

Un día me ofrecieron trabajo en un importante diario de la capital. ¿Qué hacer? El asunto tenía aspectos interesantes. La posibilidad de co-

nocer, de entrar en el mundo de la pluma. Vacilé mucho. No por la dificultad del quehacer. No tenía experiencia pero podía adquirirla. Siempre estaba dispuesta a esforzarme. Los horarios eran elásticos, a veces trabajos nocturnos. Jamás tuve miedo de ir sola por la ciudad, a cualquiera hora. Pero, mi madre no podría descansar tranquila, estaría inquieta, desvelada. Mi empleo en la Legación era seguro, bastante bien remunerado. Naturalmente, la posibilidad de alternar con escritores, periodistas, gente inteligente y capaz en un ambiente que me parecía tan interesante, fuera de los moldes tradicionales... era muy tentadora. Pero, resistí a la tentación. Mi buen sentido, quizás algo burgués, dominó la situación. A veces pienso que mi destino hubiera cambiado totalmente. A esta hora, ya estaría jubilada de algún puesto importante en el que me hubiera desempeñado con brillo. O tal vez... nunca hubiera salido de la mediocridad... No estaba escrito.

* * *

Los escritores se veían a menudo, se reunían, comían juntos. Había tertulias, sitios donde se iba

a charlar. Recuerdo la “Posada del Corregidor”. Saliendo del trabajo, camino a mi casa, muchas veces pasaba por esa plaza tan encantadora y llena de historia. Historia e historias. Después leí a Sady Zañartu, a Aurelio Díaz Meza. En dicha posada, entraba y salía gente, abajo se comía mote con huesillos. Arriba, tertulia de “ilustres”. Una tarde, me atreví a subir por la rústica escala. Me instalé en el rincón más oscuro de la sala, a observar. Había señoras estupendas, señores con cabbelleras y modales de intelectuales. De pronto, uno de ellos se acerca a mí y me pregunta:

—Señorita, ¿usted es “amiga del arte”?

—No, señor . . . somos parientes . . .

Fue mi breve y tajante respuesta. ¿Cómo me atreví? El señor quedó atónito. Me miró con unos ojos terribles . . . Creyó que me había querido burlar de él. Se desplazó con majestad e indignación hacia los grupos de socios que conversaban . . . lo que aproveché para desaparecer escalas abajo . . . Juventud, divino tesoro . . .

* * *

Poco a poco, fui sintiendo que me convertía en “alguien”. No crean que soy pedante y sufi-

ciente. No. Pero era verdad. Algunas personas me reconocían. En la farmacia, en la verdulería. Señorita, la reconozco por esa fotografía que salió el otro día en el diario. Usted es la escritora, ¿verdad? En la “radio” leyeron el otro día un cuento suyo . . .

Las amistades decían:

—Así es que te lanzaste a escribir, ¿no? Siempre lo soñaste, ojalá que no te arrepientas y que te vaya bien . . .

Arrepentirme, jamás. Que me fuera bien o mal, era cosa de discutirlo. Para mí, en lo profundo de mi ser, no podía irme “mal” porque sabía que poseía el don. Escribir era maravilloso, lo hacía sin esfuerzo, alegremente, me producía la más intensa felicidad. Alinear palabras armoniosas, inventar una metáfora, sentir que brotaban ideas de mi cerebro, cristalizaban situaciones . . . Escribir, transformaba en radiante amanecer aún los momentos más oscuros de mi existencia difícil. Claro que de allí a convertirme en una persona importante, conocida, celebrada, editada, e incluso ganar dinero con la pluma . . . Bueno, si eso era sinónimo de triunfar, yo estaba lejos de todo aquello. Escribir significaba ante todo para mí una

inmensa satisfacción personal. Poder “entregar” todo lo que Dios me había dado para transmitir . . . antes que metas y ganancias materiales.

Un importante diario de la capital publicó, en su edición dominical, un cuento mío. Luego, me avisaron que fuera a cobrar. Después de unos días, pasé por la caja del diario, di mi nombre, el título del cuento y su fecha de publicación, como otras veces. Esperé un rato, luego la respuesta fue breve y lapidaria: “Ese cuento no figura en planilla, es de autor extranjero”.

De inmediato, capté la situación. ¿Cómo podía mi cuento ser de “autor extranjero”, firmado por mí, y desarrollándose en la galería del Teatro Municipal de Santiago? Fui a comprar el número atrasado, lo llevé a la ventanilla, junto con mi carnet de identidad. Negativa absoluta. El señor cajero rehusó ver mis documentos. “Autor extranjero”, repetía sin mirarme a la cara. Entonces, enfurecí. Dije cosas violentas, pero muy ciertas. Por años continuaron publicándome cuentos . . . Jamás volví a cobrar. Malas jugadas que me ha causado mi nombre tan poco criollo . . .

Con ese mismo cuento, “Dos para una butaca”, me sucedió algo muy especial. Años después,

busqué una maestra de música para mis niños. Era una muchacha encantadora y talentosa, casada, ya tenía un bebé. Por casualidad descubrió que yo, a más de ser la mamá de sus alumnos, era Maité Allamand. Me relató una historia que me dejó emocionada y maravillada a la vez. Cuando ella esperaba a su niña, iba a los conciertos del Teatro Municipal, a galería, naturalmente. Leyó mi cuento, "Dos para una butaca" y quedó estupefacta. Ella había vivido la situación de mi protagonista. No podía creer que "alguien" hubiera podido escribir lo que ella había experimentado y sentía todavía... Fue extraordinario comentar y comparar "su experiencia" y mi "creación". Similitudes, convergencias increíbles entre dos seres que jamás habían tenido el menor contacto anterior.

* * *

Y siempre las contradicciones. Yo era, y quería continuar siendo una "escritora". Pero, no concebía la verdadera felicidad, la plenitud, mi total realización como mujer sin esposo, hijos, un hogar normal y colmado de amor. Una vez más, tuve

mucha suerte. Me lancé por el camino del matrimonio, a plena conciencia de lo que significaba para mí. Mi marido pertenecía al mismo clan que yo, tan francés y tan chileno. Amigo y confidente desde la primera juventud, jamás objetó mi vocación literaria. Al contrario, siempre me ayudó y estimuló. Me conocía muy bien, sabía tanto como yo, que a veces me resultaría difícil ir por dos caminos bastante dispares y exigentes: esposa y madre, escritora. También estaba cierto de mis sentimientos y de mi decisión. Yo no iba a ser una esposa, una madre a medias, para dar preferencia a las creaciones de la imaginación. Y tampoco, al consagrarme por entero a él, su vida, su carrera . . . iba a poder borrar de mi personalidad mi afán creativo, que siendo instintivo y natural, no podía desconocerse.

Así he vivido, intensa, maravillosamente. Pero, todo se ha realizado con sacrificio, esfuerzo, paciencia, porfía. Mucho amor, comprensión y tolerancia. Meses durante los cuales no podía trazar una línea. Días en que la tentación de encerrarme a solas con la máquina de escribir, y echar al diablo pañales, llantos, termómetros, mamaderas . . . hacía tambalear mi voluntad. Que un niño crece

y da menos trabajo y preocupación... y ya se anuncia el próximo... ¿Esclavitud o libertad? Las dos cosas a la vez. También debo recordar lo que significó ser esposa-secretaria de un médico con muchísima clientela, verdadera vocación docente, redactando trabajos, dictando artículos para diversas revistas científicas... En nuestro hogar, siempre hubo dos máquinas de escribir prontas a ponerse en movimiento. También los hijos, ya crecidos, estudiantes y universitarios, tuvieron una mamá-dactilógrafa que les ayudó muchísimo...

Cuando había tanto trabajo, y el tiempo demasiado escaso, el amor comprensivo e inteligente así como la amistad activa y vigilante, levantaban el ánimo caído, reagrupaban los sueños en desbande. La voz de Chela Reyes, amiga verdadera, sonaba en el teléfono:

—¿Qué haces? ¿Cómo están los niños? ¿Has escrito? ¿Terminaste el cuento que me prometiste? Cópialo cuanto antes. Yo iré a buscarlo a tu casa y lo llevaré al diario. ¡Claro que sí! Si es bueno, no habrá problema para que lo publiquen. ¿Sabes? El viernes hay comida del Pen Club, en el Crillón, como siempre. Trata de ir, concurrirá

mucha gente interesante. ¿Te inscribo? Mañana te vuelvo a llamar para los originales. No seas floja, deja a los niños tranquilos alguna vez, ¡adiós!

Asistía a las comidas del Pen Club. Mi marido me iba a dejar, me iba a buscar. Durante años, este fue mi único contacto con escritores e intelectuales. Allí conocí a muchos hombres ilustres, recogí aliento, amistad, camaradería. Benjamín Subercaseaux me hablaba siempre en su impecable francés. Comentaba mis libros, mis cuentos, los celebraba en todas partes. Era de una exquisita gentileza. Me hablaba de París, que yo conocía tan poco, y de la tierra de nuestros antepasados comunes. Ricardo Latcham, otra figura imborrable. Torbellino de inteligencia, deslumbrante de saber. Chispeante, ingenioso, era una delicia escucharlo. Con gratitud, debo decir que me adoptó en seguida. Escribió artículos sobre mis libros, estimulando mi trabajo con acierto y benevolencia. Tuvo la generosidad de incluir uno de mis cuentos en su "Antología del cuento latinoamericano".

También en las tertulias del Pen Club conocí al escritor catalán Francesc Trabal, académico desterrado de la lengua, que se había radicado en Chile. El y su esposa francesa, Antoinette, eran

encantadores. Fuimos muy amigos, llegando a ser ellos padrinos de nuestro hijo menor, al que adoraron y mimaron como propio. Tralbal fundó la Editorial Rapa Nui, junto con Hernán del Solar y otros escritores chilenos, dedicada exclusivamente a los niños. Para ella terminé mi novela "Alamito el Largo", que fue publicada entonces. Tuvo bastante éxito, la edición se agotó rápidamente. Jamás he podido hacerla reeditar. Me duele. En una magnífica antología del Ministerio de Educación y Culto de la República Argentina, gran parte de "Alamito el Largo" representa la literatura infantil chilena, junto a trozos de "La Negrita Blanca" de Chela Reyes. Y aquí, imposible pese a mis reiterados intentos. Para mis nietos, sobrinos nietos, hago a veces sacar fotocopias de mi libro. Confieso que me dolió muchísimo cuando salió por allí una "Antología del Arbol" y ni siquiera nombran en ella a mi "Alamito". Los personajes de mi libro son árboles chilenos, que viven junto al querido río Maule...

* * *

Estaba esperando a mi tercer hijo, Marcelo, cuando terminé y publiqué mi novela sureña "Re-

novales”, fruto de unas lejanas vacaciones en plena cordillera de Nahuelbuta, a orillas del río PellaHuén. Tuvo un éxito limitado, buenas críticas pero poca promoción. Por supuesto, tuve que preocuparme luego más del recién nacido que del “recién editado”. ¿Puede tener influencia la creatividad de la madre, en el hijo, durante la gestación? Este niño es el más “vegetal” de todos. Tiene un fantástico sentido de la naturaleza. Es “veterinario” de profesión, investigador, profesor de la Universidad Austral de Valdivia. Estuvo becado en Australia y luego en Gales, Gran Bretaña, donde se perfeccionó en producción animal. Adora el sur, sus bosques, sus campos, sus animales. Enseñé a mis hijos a conocer y querer a todos los “bichos” que vivían en el jardín. A coleccionar piedras, admirar y cuidar árboles y plantas. Quizás la enseñanza que traté de darles tuvo algo que ver con sus vocaciones de adultos. Nacieron con un destino científico y docente. Hay dos geólogos, un veterinario, una pedagoga en biología, un médico. Reconozco que fui una educadora algo rígida. Disciplina, libros, música, deportes, vida al aire libre, naturaleza. Y por sobre todo amor, presencia activa de la madre en todo momento. Hoy

día, agradezco a Dios los resultados de mis desvelos...

* * *

Pasan los minutos. ¿No están demasiado cansados de escucharme?

Bueno, ya les dije que desde niña quise ser escritora. Lo fui en la adolescencia, en la juventud, en la madurez. ¿Y ahora? Pues sigo escribiendo, con renovado entusiasmo cada día... Cuando se publicó hace dos años "El niño que fue", infancia de diez escritores chilenos, editorial de la Universidad Católica de Chile, hubo una conferencia de prensa con los autores y se me acercó un joven periodista. A no dudarlo, impresionado por mis años y mi cabello blanco, inició su interrogatorio, lápiz en mano:

—Y usted, señora, ¿escribe todavía?

¿Se imaginan tamaña insolencia? Me costó trabajo dominarme... Le respondí:

—Mire joven, escribo todos los días... Empiezo a vivir, cada mañana. No se equivoque... escuche bien: no estoy vieja, pero sí, ¡hace tiempo que estoy joven!

* * *

¿Y cómo escribo, “todavía”, después de tan largos años de oficio? En cualquiera parte, de cualquiera manera. Pero a máquina, directamente. Corrijo muy poco. Falta de tiempo. A decir verdad, cuando me instalo frente al papel, lo que me propongo escribir ya está cristalizado en mi mente. Yo llamo “rumiar” esa condición de estar siempre con una idea, un tema en la cabeza. O varios. Y dale que dale, pensar y pensar. Por eso mismo me satisface mucho el trabajo material, como barrer, coser, tejer, limpiar. Me ocupa las manos, me libera el espíritu. Cada mañana, barriendo la acera frente a mi casa, persiguiendo las huidizas hojas secas del otoño . . . invento maravillas. Poemas que no escribiré nunca, pero me divierte crear, imaginar, soñar . . .

Cuando mis niños estaban chicos, escribía en medio del más espantoso barullo. Gritos, risas, llantos, golpes, teléfono, en una palabra, todo el ajetreo de una casa llena de movimiento y de vida. Ahora mismo, cuando ya todos los hijos se

han marchado a su destino y mi marido y yo estamos solos, mientras escribo estas líneas, vigilo el almuerzo que se calienta en la cocina. Y suena el timbre, y de nuevo el teléfono... Escribir, sólo escribir, no me parecería vivir integralmente. Y vivir sin escribir... ¡qué horror!

Hace algunos años, mi marido me "exigió" que ciertos días fuera por la mañana a su oficina —cerrada a esas horas— para poder trabajar tranquila. Los niños estaban en el colegio, había servicio para efectuar los quehaceres de la casa. Bueno, el resultado fue negativo. Me ponía a ordenar las muestras médicas. Leía, revolvía libros y revistas. Limpiaba los estantes, en ese tiempo era todavía enemiga del polvo. Por último, terminaba mirando el cielo desde la ventana del quinto piso. De común acuerdo, y en vista del poco éxito del asunto, dimos fin a la experiencia de la soledad y del silencio...

* * *

A mediados del año 1962, una tarde, suena el teléfono. La poetisa y amiga Patricia Morgan:
—¿Sabes Maité? Te acaban de dar el "Pre-

mio Municipal del Cuento”. Quedé estupefacta. La Editorial Zig-Zag había presentado mi libro, yo no tenía la menor idea del asunto. Fue un terremoto, una explosión. Llamadas, entrevistas, fotógrafos. Los niños —aún los mayores ya en la universidad— estaban asombrados. Nunca habían captado bien que la mamá, fuera de ese maravilloso título, tuviera otras actividades, otras inquietudes y posibilidades. Lo tomaron muy bien. Sonreían a los fotógrafos, a mi lado. Este acontecimiento en cierta forma “oficializó” mi condición de escritora ante la familia, los amigos, los clientes del doctor.

Cuando fui a recibir el Premio, al Palacio Cousiño, llevaba un vestido negro muy severo y un sombrero color pétalo de rosa. Siempre me han enloquecido los sombreros. Llegué sola, en mi auto. Impresionante la entrada al Palacio . . .

Nadie me conocía. Dije mi nombre. Me condujeron hacia algunas autoridades. Saludos, sonrisas muy frías.

—Señora, ¿y vino sola? ¿Acaso no tiene familia?

—Por supuesto que la tengo, señor, numerosa y magnífica . . . Pero mi marido no pudo acom-

pañarme . . . porque . . . es decir porque ni él ni nuestros hijos fueron invitados a venir . . . En la tarjeta que aquí tengo —y la mostré— sólo dice “doña Maité Allamand” . . .

Esta veraz declaración mía cayó bastante mal. Se produjo un silencio desagradable, me dejaron sola. Así estuve largo rato, deambulando por los salones, contemplando los cortinados versallescós, los brocados y los muebles franceses. Luego, algunos rostros conocidos. Y había un “buffet” sensacional . . . ¡Palaciego!

Sin duda que los premios son necesarios. Pero siempre que se otorguen limpia y honradamente. Las intrigas que se traman alrededor de estos galardones me parecen abominables. Si bien el escritor que los recibe adquiere popularidad, para sus condiciones personales e íntima capacidad no tienen mucho significado. Los concursos también son necesarios, pero peligrosos. He concursado a veces, también he actuado de jurado. Conozco las dos fases del asunto.

* * *

“El Funeral del Diablo”, libro premiado entonces, no es mi obra preferida ni la más destaca-

da. Es verdad, no tengo predilección por ninguna. Así como una madre no prefiere a un hijo o al otro, los quiere a todos por igual. A raíz de esa publicación, tuve una visita singular. Una señora, muy anciana ya, que había sido nuestra vecina de fundo cuando yo era niña vino a hacerme unas preguntas muy directas y delicadas. Quería que yo le explicara cómo, siendo tan joven, pude haber captado la personalidad de su marido... Si en ese personaje siniestro de "El Funeral del Diablo" yo lo pintaba de cuerpo entero... ¿Acaso alguien me había hablado de su crueldad, de sus vicios, de sus alteraciones que se detenían justo antes del crimen? ¡Espanto! En vida de ese hombre, su esposo, ella había sufrido los martirios que yo relataba con toda inocencia... ¿Cómo me había enterado de tan abominables intimidaciones?

La verdad tiene sus argumentos. Dije solamente la verdad, toda entera. Yo no había sabido nunca nada. Recordaba vagamente al esposo de la señora, por haberlo visto alguna vez, en la estación de ferrocarril, en un rodeo, por el camino. Nunca nadie me había contado nada. Yo era inocente, todo era una casualidad. Es fácil inventar un personaje real. A veces, seres humanos actúan

como si fueran imaginarios, pura invención de un escritor. Por desgracia, la anciana señora no quedó muy convencida de mi sinceridad. Todavía lo siento.

* * *

Al principio escribí "cuentos", sencillamente porque eran cortos, y tenía poco tiempo. Me daban menos trabajo. ¡Qué argumento! Siempre me ha gustado empezar un relato. Luego, me da un tremendo deseo de terminarlo pronto. Don Mariano Latorre tenía toda la razón.

¿Es difícil el género del cuento? Para mí no lo fue. ¿Dispuse de alguna técnica especial? Ninguna. ¿Leí a los grandes cuentistas internacionales, con el afán de imitarlos, de aprender de ellos? No, por cierto. No puedo afiliarme a ningún movimiento. No puedo confesar influencia de maestro alguno. Ni de escuela, ni de moda. No lo digo por orgullo, sino porque es la verdad.

Pero, también es verdad que mi estilo es variado, a veces brusco, violento. Otras tierno, liviano, con influencias musicales y pictóricas. Me gusta escribir breve, frases cortas, páginas bien

ventiladas. Es tal vez por mi hábito de pensar en francés. He hecho el experimento: traducir al francés un trozo escrito por mí en español. Es interesante. En francés tengo el pudor del adjetivo, miedo a la exageración, a la abundancia, a cierta imprecisión que en español se torna música, movimiento, fluidez.

En la madurez he escrito prosa poética. Si la necesidad de estar siempre rodeada de armonía, si la locura de la belleza en sus mínimos detalles, si el estar siempre capacitada para admirar, vibrar, sentir es poesía . . . entonces sin duda soy poeta.

He escrito poemas en francés, desde muy joven. Y respecto a la poesía, debo referir una aventura verídica. Creo tanto en la inspiración súbita y directa, así como en el lento madurar de los temas en el alma.

Cuando murió Gabriela Mistral, estaba con mi familia en nuestra pequeña casa de campo cerca de la playa de Algarrobo. Jardín grande, desordenado y salvaje, techo de viejas tejas. Al conocer mi inquietud y tristeza por nuestra poetisa, los niños, pegados al transmisor, venían a cada instante a darme las últimas noticias que escuchaban.

—Mamá, Gabriela Mistral agoniza . . .

—Mamá, dicen que le están poniendo el último suero . . .

—Mamá, avisan que se ha agotado la ciencia . . .

—Mamá, mamá . . .

Y ya al atardecer.

—Mamá, ¡Gabriela Mistral ha muerto!

Yo estaba cosiendo bajo el alero de coligües. En el bolsillo del delantal, un lápiz y una libreta. Sentí un frío extraño, una angustia indefinible, violenta y dulce a la vez. Me puse a garabatear, rápido, rápido. Parece que me dictaban frases y palabras. Cuando terminé de escribir, sentí una paz intensa. Me incorporé, fui a dar la noticia a mi marido, que jardinereaba, perdido entre matorrales de flores y arbustos. Le tendí la libreta y proseguí mi labor.

Pronto, y sin disimular su emoción, volvió a devolverme el papel.

—Es muy hermoso lo que escribiste, extraño, curioso . . . No lo pierdas, tienes que copiarlo . . .

Lo pasé a máquina y se lo envié, por correo, a Chela Reyes, diciéndole cuánto me había conmovido la muerte de nuestra Gabriela, y que con esas

líneas, escritas a escape, casi sin pensarlas, me unía al duelo de todos los chilenos.

Poco tiempo después, en el suplemento literario de "El Diario Ilustrado", con la voz de todos los poetas chilenos en homenaje a Gabriela Mistral, al centro de la página, destacado, rodeado por las firmas de mayor alcurnia poética de nuestro país... venía mi ¡Clamor! No podía creer lo que veía.

¿Qué había sucedido? Chela Reyes, conmovida y entusiasmada con mis líneas, mostró el poema a Manuel Vega. A Manuel Vega le gustó en tal forma... que lo incluyó en página tan selecta.

No resisto a la tentación de copiar las primeras frases:

*“¡Señor! Por qué tanta inyección y tanto
“ suero... ¡Por qué tanta sabiduría congregada,
“ y ni un emplasto nativo en su carne doliente!
“ ¡Ni una hoja de palqui, ni un brebaje de hierbas,
“ ni un parche jugoso para absorber la fiebre de
“ sus sienes!*

*“ ¡Señor! Por qué hospital y extraños edifi-
“ cios... ella que debió terminar junto al adobe,
“ bajo la teja blanda que sujeta el coligüe... Por
“ qué goma y acero, plástico y cromo, ella que me-*

*“reció el vellón de todas las ovejas. Ni un lecho
“de madera, Señor, ella que tanto amó a los ár-
“boles, que abrazó sus raíces, glorificó sus som-
“bras y sus frutos...”*

*“¡Señor! ¡Por qué la dejas agonizar tan le-
“jos! Que no haya un sauce a orillas de su pos-
“trer camino, ni un álamo vibrante en su atar-
“decer...”*

Y continúa en el mismo tono. Jamás he vuel-
to a escribir así.

* * *

Creo que ya debo terminar. Pero quiero di-
rigirme, con mucho afecto, a la gente joven que
tiene inclinaciones por la literatura o el arte, y
siente ansias de “hacer algo”, de “ser alguien”
en el mundo de las letras, de la música, la plástica,
etc. Para empezar, que den gracias a Dios por el
hecho de haber nacido muchísimas décadas des-
pués que yo. En la época actual, si una muchacha
declara “yo quiero escribir”, o si un adolescente
dice “yo quiero ser actor”, no sucede nada... ni
se forma un alboroto, ni un escándalo familiar.
Ya no es necesario que los jóvenes escondan sus

inclinaciones y su incipiente talento, como una enfermedad oculta, un acto vergonzante. Nadie va a tildarlos de “locos” o de “tarados” por el hecho de soñar poemas y escribirlos, o tomar pinceles, o subir a un escenario. Que algunos tengan inclinación por las matemáticas o la ciencia pura, y otros claras tendencias a la creación artística, se mira como diferentes cláusulas de un mismo proceso, y nada más. Pero, aquí viene mi advertencia: no imaginarse que la vida del escritor o del artista es fácil y placentera. Que todo viene solo, como llovido del cielo. Ya que tienen posibilidades de aprender, formarse, perfeccionarse en universidades, academias, talleres, etc., pues a trabajar duro, a estudiar con ahínco y dedicación. Rechazar el ocio como el peor de los enemigos, como el exterminador de las mejores intenciones y de reales talentos. Mantenerse siempre en actividad mental y física. No desdeñar jamás, por muy alto que se quiera llegar el trabajo material, modesto, anónimo, que enaltece a quien lo ejecuta, y nos permite vivir en armonía con el mundo que nos rodea.

Años después, rompiendo mi tradicional inspiración campesina, escribí una novela "Huellas en la Ciudad". Se la ha llamado autobiográfica, y en cierta forma lo es. Se desarrolla en Santiago, sus calles, sus barrios, sus parques. Me entretuvo mucho describir ambientes diferentes. Las contradicciones de siempre: los personajes que lectores y críticos juzgaron "auténticos", pues son completamente inventados... En cuanto a los calcos de la realidad... tuvieron poca resonancia. Siempre he pensado que tanto "Renovales"... como "Huellas en la Ciudad" podrían haber sido llevados al cine o a la televisión. Pero, faltan tiempo y contactos.

Otro volumen de cuentos, "La Lumbre y el Sueño" tuvo buena crítica. También alguna vez obtuve un premio en un concurso internacional Ibbv-Crav para literatura infantil y juvenil. Son tres cuentos de ambiente chileno, entre leyendas intemporales y presencia actual de personajes y valores. Todo estaba listo para su publicación. Hasta vi los dibujos creados por un excelente dibujante. Pero sobrevino una catástrofe... y todo que-

dó olvidado, detenido, perdido. Mala suerte. Cuando se levantan polémicas ácidas y violentas acerca de la “no” existencia de literatura infantil y juvenil en Chile, yo pediría a esas personas que registraran los archivos de gran cantidad de nuestros escritores que han escrito obras de valor que duermen esperando tiempos mejores.

“La Niña de las Trenzas de Lana”, libro ilustrado para niños pequeños pudo ser el primero de una serie numerosa. Tengo material para ello. Pero, la colección “Zapatito Roto” quedó trunca para siempre.

¿Dónde y cómo editar? ¿Cómo no poder entregar a nuestros niños chilenos imágenes, historias, vocabularios, leyendas, imagerías, paisajes de la Patria, en medio de realidades y sueños? ¿Cómo no poder enseñarles, desde sus primeros balbuceos, la maravillosa belleza de nuestra tierra y su riqueza espiritual? Libros chilenos para los niños de Chile... o libros de Chile para los niños chilenos... A elegir.

* * *

Siempre se pregunta a los escritores: ¿Amigo o enemigo de la televisión? Soy partidaria de

la BUENA televisión. Es imposible que una persona de mediana cultura y cierta capacidad intelectual niegue o desconozca las proyecciones de ese prodigioso invento. Otra cosa muy diferente es rechazar la calidad de ciertos programas. Me hierre especialmente la violencia transmitida a todo nivel y la vulgaridad. ¿Es un negocio, bueno o malo, la televisión? El dinero es en general enemigo de valores inamovibles. Por desgracia, el mundo de la televisión está muy ajeno al escritor, al creador, al artista, al poeta. Eso habrá de cambiar. La imaginación, la creación estética, la calidad, la belleza expresada es actualmente privilegio de pocos, pero ha de ser patrimonio de todos, cualquiera que sea la manera de divulgarlas . . . Ojalá que esta comunión llegue pronto a ser una realidad, especialmente para nuestros niños y nuestra juventud, ansiosos de conocimientos y distracción. Pues, a trabajar todos de corazón.

Bueno, y a propósito de “trabajo”, voy a contarles que a raíz de la publicación de “El Niño que Fue”, entre otras manifestaciones, hubo un foro público con asistencia de la mayoría de los participantes. Yo estaba, como siempre, aterrada, sentada en un estrado, junto a tan ilustres colegas.

Ideas van, ideas vienen. De nervios, yo no entendía nada. El nivel subía, se llegó a las teorías filosóficas, se citaron nombres, etc., etc. De pronto, de entre el público, fluye para mí la siguiente pregunta:

—Maité Allamand, ¿cómo se definiría usted en el momento actual?

Creí que me tragaba la tarima donde estábamos instalados, que se desplomaban los muros de la sala. ¡Horror! ¿Qué decir? Muchos ojos me miraban. Me sentí ridícula, infeliz, estúpida, perdida. Pero, había que decir algo...

—Yo... yo me definiría actualmente como... como... balbuceaba... como una asesora del hogar... con mención en literatura...

Se produjo una pausa, un silencio impresionante. Luego, estalló una risa general. Algunos aplaudieron. Bajó bruscamente el nivel... de las alturas intelectuales más retóricas... al nivel de la escoba y la sartén... en cuya compañía me siento cómoda y relajada...

* * *

Y ya para terminar, antes que me lo pregunten ustedes, voy a tratar de definirme. Fui mujer

y escritora, porque Dios lo quiso. Fui esposa y madre por mi propia decisión. ¿Vocaciones irreconciliables o disidentes? A lo mejor.

Una de las grandes emociones de mi vida fue cuando el “Club Zonta” me eligió como la “Madre del Año”, en 1975, Año Internacional de la Mujer. Se escogió entre las mujeres intelectuales de Chile. O sea, por mi obra literaria, me reconocieron esas condiciones de abnegación, entrega y dedicación a los hijos y al hogar, que en verdad es el patrimonio y la gloria de las mujeres de mi Patria . . .

—No soy especialista en Literatura Infantil, como algunos creen, escribí desde joven para los niños, es verdad, y lo sigo haciendo con renovado entusiasmo.

—No voy a dejar nunca de escribir . . . aunque no pueda publicar nada más.

—No, no quiero que ustedes me crean vanidosa y suficiente, pero es cierto que estoy orgullosa de lo que he hecho, siempre con esfuerzo, dedicación, porfía y abnegación.

—No, no se vayan sin que les diga GRACIAS por haber venido, gracias por oírme. Gracias porque todos los que me han escuchado, me han ayu-

dado a creer y proclamar que el afecto, la amistad, el amor, son los tesoros más grandes de la vida, seamos escritores o no . . .

¿Quién dijo que yo no sabía terminar lo que escribía?

Gracias.

EN LA SERIE

**¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS
CHILENAS?**

La Agrupación Amigos del Libro ha publicado los títulos correspondientes a los siguientes autores:

Roque Esteban Scarpa
Miguel Arteche
Gabriela Lezaeta
Manuel Francisco Mesa Seco
Cecilia Casanova
Fernando González-Urizar
Julio Flores
Antonio Cárdenas Tabies
Jaime Quezada
Emma Jauch
Carlos Ruiz-Tagle
Alicia Morel
María Silva Ossa
Isabel Velasco
Juan Antonio Massone

Pepita Turina
María Urzúa
Hugo Montes
Nicolás Mihovilovic
Ester Matte Alessandri
Enrique Neiman
René Vergara
Hernán Poblete Varas
Carlos René Correa
Fernando Debesa
Virginia Cox
Carlos Morand
Enrique Campos Menéndez
Angel C. González
Sergio Hernández
Floridor Pérez
Oswaldo Quijada
Matías Rafide
Isabel Edwards
Eugenio Mimica Barassi
Maité Allamand
Teresa Hamel



COEDICION
ZAMORANO Y CAPERAN
LIBRERIA Y EDITORIAL
EDITORIAL NASCIMENTO